

Líneas de historia de la espiritualidad cristiana

La historia de espiritualidad cristiana se funda en la experiencia de los discípulos de Cristo, quienes, en contacto con su maestro y Señor, vivieron una vida nueva capaz de transformar totalmente su historia personal y el modo de ubicarse frente a Dios, a la creación, a los demás hombres y a la sociedad. Estos hombres y mujeres, dóciles a la acción del Espíritu, transmitieron su experiencia a las generaciones sucesivas para iluminar y animar no sólo su propia existencia sino también la de los demás. La historia de la espiritualidad implica en efecto la transmisión de lo vivido cristianamente de generación en generación, de creyente a creyente, de comunidad a comunidad. Es siempre una experiencia eclesial que alumbró el destino de la humanidad.

La historia de la espiritualidad es al mismo tiempo historia de la experiencia de fe y de la reflexión sobre ésta, un continuo desarrollo en la vida del Espíritu que pone de manifiesto la inagotable riqueza de Dios y las posibilidades de realización de la existencia humana.

A través del desarrollo histórico de la espiritualidad como vida y reflexión, podemos entender el dinamismo de la vida espiritual, sus líneas características en los distintos momentos de la historia de la Iglesia hasta el constituirse de la espiritualidad como teología espiritual así como los distintos modelos de santidad explicitados a lo largo de los siglos.

Estas páginas presentan las grandes líneas de la espiritualidad desde los primeros siglos y su desarrollo en Occidente; en un segundo momento se tratarán brevemente algunos aspectos y testigos de la espiritualidad oriental bizantina y ortodoxa.

1. ORÍGENES Y DESARROLLO DE LA ESPIRITUALIDAD EN EL OCCIDENTE CRISTIANO

1.1. *La Sagrada Escritura: fuente de la espiritualidad cristiana*

La Sagrada Escritura es la fuente principal de la vida espiritual, capaz de vivificar al hombre que se acerca a ella con corazón creyente. Ya en el Antiguo Testamento encontramos en las grandes etapas de la historia de la salvación no sólo la revelación de Dios que se vincula a su pueblo con amor (cf. Dt. 7, 7-8) y cuya bondad supera todas las transgresiones hasta establecer la alianza definitiva con la humanidad, enviando a su Hijo, sino muchos elementos de la vida espiritual tales como la realidad de la vocación, la experiencia del desierto, la vida de los pobres de Yavé, la oración de los *Salmos*, el drama de la fe y del dolor en *Job*, la relación sponsal con Dios en el *Cantar de los Cantares*.

Pero los textos del Antiguo Testamento adquieren su pleno sentido a la luz del Nuevo, en la centralidad de la persona de Cristo que nos revela el rostro de Dios como Padre. Los sinópticos especialmente permiten captar toda la novedad de la vida filial inaugurada por Jesucristo y la exigencia radical de conversión, de cambio de mentalidad para acoger el “reino”: la fe en Dios Padre, el amor a los enemigos, el perdón y la misericordia, la “ley del servicio”. El evangelio de Juan pone de manifiesto la relación vital entre Jesús y los cristianos unidos a Él como los sarmientos a la

vid; la vida divina se comunica los creyentes desde el bautismo y el cristiano se convierte realmente en hijo de Dios. Los Hechos de los apóstoles dan testimonio de la comunión fraterna de los primeros cristianos, su compartir los bienes temporales y su compromiso con la historia. Las cartas de Pablo nos enseñan las características de la vida nueva comunicada por Cristo: el don de la gracia, la fe, esperanza y caridad, la acción del Espíritu que permite dirigirse a Dios como Padre, la libertad de hijos a lo que estamos llamados, la comunión de los cristianos con el Hijo, la tensión escatológica hasta el definitivo ser en Cristo. Con Pablo, toda la vida espiritual se vuelve cristocéntrica, imitación de Cristo, conformación a Él, culto espiritual.

1.2. *Los Padres de la Iglesia*

Si la vida de quienes conocieron y vivieron con Jesús está testimoniada por los libros del Nuevo Testamento, la experiencia de quienes vivieron luego del período apostólico nos es transmitida por los Padres de la Iglesia. Una época de oro de inculturación cristiana que duró siete siglos en Occidente (hasta Isidoro de Sevilla + 636), y ocho en Oriente (San Juan Damasceno +749). Con los Padres de la Iglesia empieza un nuevo período que no debe ser considerado como un empobrecimiento del cristianismo de los orígenes, sino como retoño de la iglesia de los Apóstoles.

Durante los primeros tres siglos, el martirio fue la forma de la santidad, descrita ya en los Hechos con la lapidación de Esteban. Durante este período de persecuciones, cristianos de toda condición (edad, sexo, situación social...) dieron testimonio de Cristo hasta la efusión de su sangre. Las *Actas* (documentos del proceso), las *Pasiones* (relatos de los testigos) y las *Leyendas* (relatos tardíos escritos a fin de edificación) así como las cartas y tratados (Tertuliano, Orígenes, Cipriano) muestran la certeza de que es Cristo quién padece y triunfa en sus mártires. El mártir es como Cristo, hostia agradable a Dios: «No penséis siquiera en procurarme un don más bello de aquel que es para mí inmolarme sobre el altar que ya ha sido preparado», escribe Ignacio de Antioquía a los romanos. Además del mártir existen los confesores de la fe que sufren tormentos y persecuciones por la fe sin llegar al martirio. Los santos mártires son motivo de particular veneración, así como sus reliquias, y son considerados modelos e intercesores.

Otro modelo de santidad son las vírgenes que consagran a Dios su virginidad y constituyen la primera expresión de la vida consagrada al Señor, adquiriendo gran aprecio del pueblo de Dios. La consagración de las viudas y el celibato en el matrimonio son considerados también un ideal de vida.

Los Padres de la Iglesia y los escritores eclesiásticos (Clemente Alejandrino, Tertuliano, Orígenes, Gregorio de Nisa, Agustín) desarrollan también una espiritualidad contemplativa; escriben obras de carácter espiritual y en sus comentarios a la Escritura buscan no sólo una comprensión a nivel histórico y literal, sino también espiritual y místico. Orígenes—cuyas obras constituyen una importante contribución para la historia de la espiritualidad—, distingue un sentido histórico de la Escritura para los simples fieles, un sentido moral para aquellos que poseen una cierta perfección y un sentido espiritual para los perfectos. La distinción entre sentido histórico y espiritual se funda

en el hecho que todo el mundo visible es expresión de lo invisible; solamente los perfectos que practican la caridad penetran el sentido espiritual de la Escritura y Cristo se entrega a ellos íntimamente. El camino de la perfección es arduo y largo; exige lucha, vigilancia, renuncia pero al término se encuentra la luz, la vida perfecta, el matrimonio espiritual.

Los Padres de la Iglesia son a menudo obispos, pastores que educan a la vida espiritual por medio de su guía y enseñanza. Su espiritualidad se refleja en las homilías, en los comentarios a la Escritura, en cartas y tratados. En Oriente, encontramos a los grandes Padres Capadocios del siglo IV, entre los que se destaca san Basilio de Cesarea famoso tanto en la iglesia de Oriente como de Occidente. San Basilio es considerado el padre del monacato; sus monjes sin embargo armonizaban la vida de oración y las obras de caridad: tenían escuelas y hospitales y estaban al servicio de los pobres. San Gregorio Nacienceno es famoso por sus *Discursos teológicos* pronunciados para defender y explicar la fe trinitaria. No sólo la firmeza de la doctrina sino también la belleza de su forma los hace aún hoy fascinantes. Gregorio recibió con motivo de estos discursos, el apelativo de “teólogo” —así es llamado en la iglesia ortodoxa— porque la teología no es para él una reflexión puramente humana, sino que deriva del dialogo asiduo con Dios. San Gregorio de Nisa, hermano de Basilio, escribió un importante libro sobre *La vida de Moisés* donde la subida hacia el Monte Sinaí se convierte en la imagen de la subida del hombre hacia el encuentro con Dios. Interpretó también el Padre Nuestro y la Bienaventuranzas.

Entre los Padres Latinos, san Agustín domina todo el Medioevo y su influjo está vivo todavía hoy. La profundidad de su pensamiento, su excepcional capacidad de introspección y la altura de su experiencia espiritual hacen de él un maestro siempre actual de la vida interior. Agustín centra toda la vida espiritual en la caridad es decir sobre el verdadero amor a Dios y al prójimo, desarrollando la relación entre corazón - misericordia- amistad. El corazón es la sede del encuentro entre la libertad humana y la gracia divina, y el “ojo” del corazón, la capacidad de discernir la presencia de Dios. Si la misericordia es el acto inicial para la relación de Dios con el hombre y de los hombres entre sí, la amistad es el fruto en cuanto sin ella las relaciones humanas nunca serian personales. La vida cristiana se gusta en la convivencia del monasterio, en un clima de libertad y gracia, hasta constituirse en un particular servicio a la Iglesia.

En el siglo IV se difunde la figura de los padres del desierto que huyen del mundo para luchar contra los deseos de la carne, la soberbia y el demonio. Entre ellos, la obra de Evagrio Póntico (345-398) es particularmente importante en cuanto es un agudo teórico de la batalla contra los vicios. Luego de una vida inquieta en Bizancio, ciudad lujosa y refinada, decidió retirarse en el desierto de Egipto donde condujo una vida de ascesis rigurosa. Los Padres del desierto llegan a un profundo conocimiento del corazón humano y de Dios y preparan de algún modo la vida monástica organizada. *La vida de Antonio*, escrita por san Atanasio refleja de manera elocuente este género de vida.

1.3. *La liturgia: escuela de formación y de espiritualidad*

Desde el punto de vista de la formación y de la vida espiritual es fundamental la progresiva estructuración del culto cristiano hasta el pleno desarrollo del año litúrgico. Al principio, el centro litúrgico de los cristianos era la celebración de la Pascua del Señor. Esta memoria, luego del edicto de Constantino, en concomitancia con la preparación de los catecúmenos al bautismo que se confería la noche de Pascua, empezó a desarrollarse en un año solar entero. El domingo, memoria semanal de la Pascua del Señor, se llamó no sólo “el primer día de la semana” (Hechos 20,7) sino también “el domingo del Señor” (Didache 14,1), “el día del Señor”.

El Concilio de Nicea (325) decidió que la Pascua debía celebrarse *in una die* hasta Pentecostés y los cincuenta días constituyeron la base fija del calendario de los cristianos; sin embargo el año litúrgico romano tal como nosotros lo conocemos se formó en el siglo V. Se considera que Inocencio I (401-417) introdujo la fiesta de la Epifanía y que León Magno hizo del año litúrgico la fuente de comunicación de la salvación para los cristianos y la escuela donde se enseña, se corrigen las costumbres y se nutre la vida cristiana.

1.4. La vida monástica: “*schola caritatis*”

La vida monástica —que en Occidente se puede sintetizar en la experiencia de fe de san Benito de Nursia (480-543) y en su Regla— considera el monasterio como la escuela de servicio divino, la gradualidad de la vida espiritual y el *opus Dei* como medio fundamental para alcanzar a Dios. La Regla recoge la experiencia de la antigua tradición monástica (san Basilio, Casiano, san Agustín) y hace frecuente referencia a la Biblia, sobre todo a los Salmos y a san Pablo. Benito, heredero de los mejores ideales de la cultura romana, concibe la vida monástica según el binomio *ora et labora* y como *militia* al servicio del verdadero rey, Cristo, en el ejercicio de las virtudes. La humildad y la obediencia son las virtudes fundamentales para lograr la indecible suavidad del amor que permite correr en el camino de los mandamientos de Dios. El oficio divino ocupa un puesto principal y orienta al espíritu hacia la alabanza de Dios, favorece la reverencia y la piedad: la mente y el corazón deben concordar con las palabras. Benito hace referencia también a la *lectio divina* —lectura y meditación de textos sagrados—, así como al trabajo manual como elemento que equilibra la vida espiritual y al cual corresponde un horario determinado. La espiritualidad monástica está marcada por un fuerte carácter cristocéntrico: Cristo está presente en el abad, en los hermanos, en los huéspedes. Es una vida de separación del mundo, de ascesis y de silencio en la cual el monje unido a los hermanos y al abad busca a Dios.

Otra gran figura vinculada al ámbito monástico es san Gregorio Magno, padre espiritual de toda la Edad Media. Asimila la patrística y la transmite con lenguaje nuevo. Su vida y su acción se ubican en una sociedad salida de la barbarie, sin cultura. Prefecto de Roma, monje y Papa san Gregorio encarna la figura del pastor al servicio de su grey. Consciente de la importancia de la conversión de los pueblos anglosajones al cristianismo, envía monjes benedictinos para su evangelización, desarrollando una espiritualidad misionera. Posee además una vasta producción donde convergen doctrina y experiencia (*Comentario sobre Job, Moralia, Homilías sobre Ezequiel, Diálogos*). Su doctrina espiritual está marcada por el deseo de Dios y el amor logra unificar todas las tensiones de

la vida cristiana. El itinerario espiritual está estrechamente unido a la historia de la salvación que debe realizarse en el creyente y en la Iglesia: todo el recorrido consiste en el regreso al Paraíso y la Escritura es la escalera que nos conduce a él en cuanto la asimilación de la Palabra de Dios lleva como fruto el crecimiento en la caridad y la contemplación. El hombre perfecto es el que une armoniosamente vida activa y contemplativa, sin embargo no todos están inclinados a la una o a la otra de la misma manera. En continuidad con su formación monástica, Gregorio da gran importancia a la obediencia como mejor medio para imitar a Cristo; a la compunción y a las obras de servicio al prójimo. Cuanto más el alma será comprensiva en el amor al prójimo tanto más penetrará en el misterio de Dios pues la vida contemplativa es fruto de la caridad y el amor mismo es conocimiento: *Amor ipse notitia est (Hom in Ez. 27,4; 14,4)*.

1.5. *Nuevos modelos de santidad y la evangelización de los pueblos eslavos*

A partir del siglo IX se desarrolla otro modelo de santidad: reyes, reinas, príncipes y princesas encarnan las virtudes cristianas en el ejercicio del poder. Son nobles laicos que difunden el cristianismo.

En el siglo IX tiene lugar también la evangelización de los pueblos eslavos por obra de los hermanos Cirilo y Metodio. Cirilo creó el alfabeto y empezó la traducción de la Sagrada Escritura y de los Libros Litúrgicos en paleo eslavo. Los dos hermanos estaban convencidos que hasta que los distintos pueblos no hubieran recibido la Revelación en la propia lengua y no la hubieran leído en los caracteres propios de su alfabeto, no la habrían recibido ni vivido plenamente.

En el año 988 es bautizado Vladimir, príncipe de Kiev, marcando de este modo el triunfo del cristianismo en Rusia y el comienzo de una espiritualidad sellada por la caridad, la humildad, la compasión, la pobreza, la oración. En los orígenes del monacato, recordamos al metropolitano Hilarión, el cual vivió probablemente en el monte Atos.

En el siglo IX tiene lugar la separación definitiva entre las iglesias de Oriente y de Occidente, conocida como el gran cisma de Oriente (1054).

1.6. *El gran movimiento de reforma monástica en Occidente*

El último gran representante de la vida monástica en Occidente, es Bernardo de Claraval que vive entre los siglos XI y XII, período en el cual se desarrolla un gran movimiento de reforma: surgen los camaldulenses, los cistercienses, los cartujos. La vida de Bernardo está totalmente orientada a la reforma espiritual, a la unión del cristiano con el misterio de Cristo. Bernardo pertenece a ese conjunto de monjes que no sólo leen y meditan las obras espirituales sino que también escriben el fruto de su experiencia (san Gregorio Magno, san Beda el venerable, san Bonifacio, Guillermo de Saint-Thierry, Elredo de Rielvaux). Toda su teología está centrada en la experiencia cristiana que analiza y explica a partir de las fuentes. La experiencia de la propia miseria lo conduce a la experiencia de Dios misericordioso que en la encarnación se hace partícipe de la condición humana. La teología experiencial de Bernardo implica una integración de todas las componentes humanas

sensibles, afectivas, intelectivas y tiende por medio de la meditación sobre la humanidad de Jesucristo y los misterios de su vida, a los grados más altos de la unión con Dios. Con Bernardo nace la escuela Cisterciense como primera escuela de espiritualidad.

En el ámbito de la espiritualidad benedictina y cisterciense encontramos grandes figuras femeninas: Hildegarda de Bingen (1048-1179), Elizabeth de Schonau (1129-1164) y en el siglo XIII las monjas del monasterio de Helfta: Matilde de Magdeburgo (al. 1208-1282/97), Matilde de Hackeborn (1241/42-1299) y Gertrudis la Grande (1256-1301/2). Son místicas que revelan una nueva forma de santidad y dan testimonio del valor de la presencia de la mujer en la Iglesia.

Hildegarda de Bingen y Gertrudis la Grande son las figuras más significativas, la primera por la amplitud de sus intereses y el carácter extraordinario de su vida; la segunda por la intimidad de su relación con Dios y su equilibrio espiritual. Hildegarda, desde la edad de tres años, tiene visiones que durarán toda su vida y en 1141 recibe una fulguración que le revela el sentido de las Escrituras. Escribe obras de física, medicina, música, ética, teología y se convierte en predicadora itinerante en Alemania donde goza de gran prestigio. Gertrudis crece en el monasterio de Helfta donde observa la Regla benedictina, con la autoridad cisterciense; el monasterio es frecuentado también por los padres dominicos, abriéndose así al conocimiento de las principales corrientes del pensamiento escolástico pero enraizado en la tradición monástica y mística de matriz sponsal de Bernardo de Claraval. La espiritualidad de Gertrudis, profundamente litúrgica y eucarística, centrada en Cristo y en su corazón, prepara la devoción al Sagrado Corazón.

En los siglos XI y XII nacen también numerosas comunidades de canónigos que retoman las costumbres de los Padres y adoptan la Regla de san Agustín.

1.7. *Las órdenes mendicantes y la escolástica*

Entre los siglos XII y XIII aparece una nueva forma de vida más secular y social y un nuevo modelo de santidad. Frente al surgir de nuevos movimientos espirituales, algunos heréticos, nace la exigencia de la predicación y las órdenes mendicantes. Al mismo tiempo se desarrolla una piedad popular que encuentra su expresión en la mística de las cruzadas y en las peregrinaciones.

San Francisco de Asís se ubica en este ambiente. Experimenta la pobreza de la condición humana y a partir de esta toma de conciencia, alcanza una compasión cósmica y una identificación con Cristo crucificado en quien reside la clave de toda su vida. Su programa espiritual consiste en penetrar los misterios de Cristo con particular atención al misterio de la cruz. Por Cristo y en Cristo, es adorador de la Trinidad. La espiritualidad franciscana muestra el carácter perenne del Evangelio y su capacidad de renovación para la vida de la Iglesia. Los franciscanos tuvieron una gran influencia misionera y participaron en el desarrollo del movimiento universitario.

Santo Domingo funda los frailes predicadores y revela su genio de organizador en las Constituciones caracterizadas por la participación de todos los hermanos en la legislación y en la elección de los superiores. Domingo da gran espacio a los estudios teológicos como fuente de la

predicación; el ministerio de las almas se nutre con la formación espiritual y con la vida de oración. Los conventos dominicos a diferencia de los monasterios, se establecen en las ciudades, influyendo en los movimientos urbanos y universitarios de la época.

Por otra parte el discurso teológico asume forma científica; la teología es un ejercicio de intelección de la fe (*intellectus fidei*), se trata de hacer accesibles a la razón los datos de la fe. La escolástica recoge la experiencia patristica y monástica y se coloca en continuidad con los siglos precedentes, modificando sin embargo el modo de considerar la Palabra de Dios: se pasa de una actitud más receptiva y meditativa a otra más crítica y especulativa. La teología se distingue en especulativa, moral y afectiva, entendiéndose por ésta última la ordenación de las tendencias del alma. San Buenaventura traspone en clave especulativa el itinerario franciscano que va de la creaturas a Dios; santo Tomás representa el culmen de la escolástica: en él confluyen la patristica (san Juan Crisóstomo, san Agustín, la obra de Dionisio Areopagita, la teología monástica (san Gregorio, san Bernardo) y la contribución nueva de las obras de Aristóteles. Desde el punto de vista de la vida espiritual, quiso fundar la experiencia cristiana sobre una sólida base antropológica y expresar en términos intelectuales incluso las más altas manifestaciones de la mística. El hombre es *capax Dei*, imagen de Dios, y está orientado a entregarse a Dios de manera siempre más completa. Esto es posible solamente con la ayuda de la gracia, el amor que Dios volcó en nuestros corazones en virtud del Espíritu Santo, sin embargo Dios permanece siempre más allá de nuestros conocimientos. El hombre alcanza su máxima realización cuando se convierte en contemplativo, adhiriendo a la Verdad divina del amor. De la plenitud de la contemplación, procede la predicación, la enseñanza. Comunicar a los otros lo que se ha contemplado es más perfecto que la sola contemplación: *Contemplata aliis tradere*.

1.8. El otoño de la Edad Media

El siglo XIV señala el declinar y el fin de la Edad Media, pero es también fuente de vitalidad espiritual. Europa es escenario de guerras devastadoras de las cuales la guerra de los Cien Años es la más larga (1339-1453); los fundamentos de la fe se ven sacudidos por acontecimientos extraordinarios: Celestino V renuncia al papado (1294) y luego del largo período de los Papas en Aviñón se verifica el gran cisma de Occidente (1378-1417) que divide a la Iglesia, a las órdenes religiosas e incluso a los santos. Surge un gran movimiento de oración por la unidad de la Iglesia; oración de intercesión para que Dios manifieste su misericordia y perdón. La oración es la primera manifestación de la caridad y un acto de adoración. Surgen grandes místicos y místicas que encarnan un nuevo modelo de santidad. Entre las mujeres, en Italia aparecen Margarita de Cortona (†1297), Angela de Foligno (†1304), Catalina de Siena (†1380), en Suecia, Santa Brígida (1303-1373), en Inglaterra, Juliana de Norwich (1342-1420). Si bien su espiritualidad está centrada en la unión íntima con Dios, estas santas ejercieron un influjo notable en su tiempo.

Santa Brígida de Suecia —visionaria perteneciente a la familia franciscana y fundadora de la orden del Santísimo Salvador— trata de llevar el Papa a Roma. Santa Catalina de Siena expresa el deseo ardiente de vivir y morir en unión con Cristo por la Iglesia y por la salvación del mundo y participa

activamente de los acontecimientos de la época. Su principal obra es el *Diálogo*, donde la santa pide a Dios misericordia para el cuerpo místico de la Iglesia, misericordia para el mundo y la gracia de seguir la Verdad. Dios responde recordando el don de la sangre redentora y la responsabilidad del hombre. El amor propio es el veneno de mundo y Cristo el puente entre cielo y tierra que permite al hombre alcanzar la salvación. Toda la doctrina cataliniana está centrada sobre la Verdad, la “primera dulce Verdad” que es la eterna realidad de Dios, el Amor increado y creador que invita al hombre a abrir el ojo del intelecto y a mirarse en la eterna Verdad. Estas místicas, concientes de los males de su época, saben que a pesar de todas las contradicciones, la historia y toda la existencia humana está en las manos amorosas de Dios.

En Alemania y en los Países Bajos se desarrolla la mística abstracta. El tema principal y el más debatido es el de la contemplación. La unión con Dios se concibe siempre más como una asimilación, una verdadera fusión de las dos naturalezas: la humana y la divina. J. Eckhart desarrolla su doctrina sobre el “nacimiento de Dios” en el “fondo del alma” e insiste en el proceso de desprendimiento y de vacío que debe realizarse para que Dios se comunique al hombre. Eckhart ejercitará un gran influjo no sólo sobre J. Tauler y E. Suso (dominicos) y sobre J. Ruysbroeck (agustino) sino también sobre muchos autores franceses y carmelitas hasta san Juan de la Cruz.

Aparecen nuevas formas de vida cristiana: personas deseosas de conducir una vida ordinaria sin estructuras fijas, entre éstas se encuentran las beguinas, mujeres que eligen una vida de oración y pobreza fuera de los monasterios y se agrupan luego en casas en un barrio, o bien los eremitas y reclusos que quieren vivir en soledad vinculados a algún monasterio. El solitario tiene que rezar por todos: se desarrolla una teología de la comunión universal.

Hacia la mitad del siglo XIV en continuidad con esta corriente contemplativa, nace la *Devotio moderna* en los Países Bajos, luego se difunde en todo el imperio y se prolonga en todo el siglo XV. Se quiere que la espiritualidad esté al alcance del pueblo y hacer que la tradición medioeval sea accesible. La literatura espiritual se hace más autónoma en relación con la discusión teológica y se refugia siempre más en el ámbito de la vida interior. El hombre que busca la voluntad de Dios y que tiende a la imitación de Cristo se encuentra en el corazón de esta espiritualidad. El texto más significativo es precisamente la *Imitación de Cristo*. Representantes de este movimiento son Ludovico Barbo, reformador de la vida monástica benedictina en Santa Justina (Padua) y Gerardo Groote. Insisten en los ejercicios de piedad, especialmente en el examen de conciencia y en la oración metódica y sobre la dimensión afectiva; le dan gran importancia a la imaginación que purificada por medio de la oración debe poner contacto con Dios y conducir a la contemplación. Utilizan representaciones imaginativas, diálogos (entre Dios y el alma; el Esposo y la esposa...) y se pasa del latín a la lengua vulgar. Groote evidencia tanto la importancia de usar imágenes como el alejarse de ellas pues se trata de pasar de los datos sensibles a los espirituales. Groote considera que la verdadera vida cristiana reside en la contemplación de Dios y en el amor al prójimo y requiere la conversión que conduce hacia la paz y la alegría del corazón, expresiones de la verdadera devoción.

En este período se presentan también sombras que debilitan o desvían la vida espiritual. En el pueblo herido por los males de la guerra y del hambre se desarrolla el sentido de miedo y de culpa, la convicción de asistir a un castigo divino y la exigencia de penitencia que se expresa por ejemplo en la práctica de las procesiones de los flagelantes. Surgen distintas devociones: el vía crucis, la devoción a las cinco llagas, a las siete palabras de Cristo en la Cruz. En una sociedad que conoce tantas formas de pobreza, aparecen las confraternidades para aliviar los males de la época: hospitales, refugios para prostitutas, leprosarios. Los santos son invocados más como protectores que como modelos. La práctica cristiana decae a menudo a nivel de superstición, se difunden las representaciones de la muerte, las danzas macabras; el clero hace muy poco por la cura de las almas; surgen también formas de brujería y de magia: es necesaria una reforma en la vida de la Iglesia.

1.9. *La época moderna.*

En el siglo XVI el área de desarrollo de la vida espiritual se desplaza de los países nórdicos hacia los países latinos: Italia, España, Francia. La Reforma de la Iglesia se prepara en Italia y en España antes del Concilio de Trento. Dios suscita grandes santos fundadores de familias religiosas: san Ignacio de Loyola funda los jesuitas, san Cayetano de Thiene, los teatinos; san Alfonso María Zaccaría, los bernabitas; san Jerónimo Emiliani, los somascos; san Felipe Neri, los oratorianos; san Camilo de Lellis, los ministros de los enfermos (camilianos). Surgen también figuras ejemplares de obispos como Carlos Borromeo que lleva a cabo las disposiciones del Concilio de Trento.

El siglo XVI conoce figuras importantes de renovación espiritual. Bajo el influjo del humanismo, Erasmo delinea el ideal del laico que con la ayuda de la gracia, practica las virtudes humanas en la vida cotidiana y que tiene como armas la oración y la Sagrada Escritura. Tomás Moro encarna la versión más auténtica de este humanismo cristiano. En España en el ámbito del clero diocesano se destaca san Juan de Ávila y en ámbito religioso Teresa de Jesús y Juan de la Cruz desarrollan un movimiento de reforma en la orden Carmelita.

La espiritualidad tiende a desplazarse desde la mística objetiva de la contemplación del misterio a la mística subjetiva que describe los estados del alma. Los ejercicios espirituales de san Ignacio desarrollan los principios fundamentales de su experiencia, su penetrante conocimiento de la psicología humana y su mística orientada al servicio de Dios. Teresa de Ávila da a su doctrina un enfoque decididamente empírico. El primer objeto de sus consideraciones no es la esencia divina sino los estados interiores del espíritu que presenta con vigor y precisión. Por otra parte su experiencia está signada por fenómenos extraordinarios: visiones y locuciones divinas que contribuyen a su evolución interior y a la realización de su obra. Pero el eje de su mística reside en la relación personal, sponsal con Dios en Cristo hasta llegar al matrimonio espiritual: Dios habita en el alma y el alma en Dios. San Juan de la Cruz, místico excepcional, encara el tema de la unión con Dios a través de los símbolos de la creación poética, expresión de su experiencia personal e invita a renunciar a una vida guiada por la luz de los sentidos o de la razón dejándose guiar totalmente por la fe y el amor a Dios.

En América Latina entre los siglos XVI y XVII encontramos un ambiente favorable al desarrollo de la vida espiritual: san Toribio de Mogrovejo, conocido como “el Borromeo de los Andes” es un pastor incansable y de amplias miras, promotor del tercer Concilio Limense; Vasco de Quiroga es el constructor de los poblados –hospitales. Surgen también importantes predicadores y evangelizadores como san Pedro Claver (jesuita), san Francisco Solano (franciscano), fray Bartolomé de las Casas y fray Luis Beltrán (dominicos) que defienden a los esclavos y los indios contra la brutalidad de los conquistadores. Se destacan también figuras entregadas al servicio de los pobres y de los enfermos y dotadas de gracias extraordinarias como san Martín de Porres y la patrona de América santa Rosa de Lima (Isabel Herrera) (1586-1617) así llamada por su extraordinaria belleza. Santa Rosa fue terciaria dominica, devota de Catalina de Siena, y tuvo también ella una extraordinaria vida de oración, de penitencia y de dedicación a los pobres. Cuando murió, la ciudad de Lima la reconoció como “nuestra santa, madre de los pobres de Lima”. Su vida está a la altura de los grandes doctores de la Iglesia por su familiaridad con el mundo sobrenatural. Tuvo el don de leer en las conciencias y predijo la fundación del convento de las hermanas dominicas “santa Catalina de Siena”. Este periodo en Lima marca la época de oro de la santidad.

En Europa, en Francia, el siglo XVII, ha sido llamado “el gran siglo de las almas”. Tiene lugar un fuerte movimiento de renovación en el contexto de la reforma tridentina. San Francisco de Sales ejerce un influjo que se extiende desde Saboya hasta toda Francia. Su tarea como maestro espiritual y pastor es la de mostrar a los laicos el camino de la santidad por medio de la ascesis, el ejercicio de las virtudes, la práctica de los sacramentos y la oración. La corriente que inspira al cardenal P. de Bérulle (Condren, Olier, J. Eudes, Grignon de Montfort) —conocida como la escuela francesa— tuvo un influjo decisivo en la formación y en la espiritualidad sacerdotal. Es la última expresión de la mística antes del ocaso de los siglos sucesivos y ejercerá un influjo especial en los carmelos por cuanto Bérulle introdujo en Francia la reforma teresiana.

Aparecen nuevas congregaciones orientadas a la formación de los sacerdotes como el Oratorio, san Sulpicio, los Eudistas (san Juan Eudes), los lazaristas (san Vicente de Paul); a la enseñanza: los Hermanos de las escuelas cristianas (J. B. de la Salle), escolapios (san José de Calasanz); a la caridad: las Hijas de la Caridad (santa Luisa de Marillac –san Vicente Paul). Es un ideal de santidad activa orientada a las obras de educación y a la misión.

En la mitad del siglo XVII se crean cátedras de teología mística en los estudios carmelitas y franciscanos. Sin embargo, el siglo XVII en Francia conoce también, por una parte, la experiencia del jansenismo con su rigor ascético y una concepción pesimista del hombre, y por otra el problema del quietismo que acentúa de manera unilateral la pasividad del hombre respecto de la acción divina. De manera distinta jansenismo y quietismo dan lugar a un clima de desconfianza respecto de la mística.

B. Pascal, vinculado al jansenismo, es una de las principales personalidades de su tiempo y dio una importante contribución en los ámbitos más diversos del saber: física, matemáticas, filosofía, teología. Consciente de la fractura entre razón y fe, entre ciencia y cristianismo, emprende la tarea

de mostrar como la exigencia más vivas del pensamiento moderno encuentran su realización en el cristianismo. Para persuadir al ateo no utiliza el “espíritu de geometría” que procede por razonamiento, sino el “espíritu de finura” que capta la realidad con una sola mirada y pone al hombre frente a sí mismo. El hombre, ser finito entre dos infinitos: la nada y el todo, tiene que reconocer que hay un orden de verdades que supera a la razón, la revelación que nos trajo Jesucristo. La fe es Dios hecho sensible al corazón, lugar donde confluyen la captación intelectual más alta y el sentimiento.

Con el terminar del siglo y bajo el influjo del racionalismo, la separación entre espiritualidad y teología se acentúa cada vez más. Asistimos al ocaso de la mística: el racionalismo y el iluminismo contribuye a reducir la experiencia espiritual en términos de moral y de ontología (moral kantiana, idealismo alemán).

En el siglo XVIII, surgen en Italia dos grandes figuras de santos fundadores: san Alfonso M. de Ligorio (redentoristas) y san Pablo de la Cruz (pasionistas) son la antítesis más radical del iluminismo del setecientos. La espiritualidad de san Pablo se centra en la pasión de Cristo en la cual participa por medio de terribles purificaciones interiores; hay que llegar a la muerte mística para vivir en Cristo. Su contemplación es a la vez dolorosa y amorosa. San Alfonso considera que la espiritualidad es para las almas elegidas, mientras que la moral en la perspectiva de los mandamientos es tarea suficiente para el cristiano común.

J. P. de Caussade, jesuita en contraste con el racionalismo de su tiempo, enseña el estado de abandono a la divina Providencia como camino espiritual; en todo momento el alma tiene que mantenerse disponible para realizar la voluntad de Dios.

En el siglo XIX, en una Europa anticlerical, marcada por la Revolución Francesa, la iglesia manifiesta su vitalidad particularmente a través de la restauración de las órdenes suprimidas por la Revolución y las nuevas congregaciones que surgen a menudo de carácter misionero. Entre las nuevas congregaciones masculinas y femeninas encontramos a los hermanos Maristas dedicados a la enseñanza, los salesianos orientados a la educación y abiertos a la misión, los padres Blancos, misioneros en África (cardenal Lavignerie), los Oblatos de María Inmaculada (E. de Mazenod), las Misioneras franciscanas de María (María de la Pasión), la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús (M. Sofia Barat).

En el ámbito de las antiguas órdenes, Teresa de Lisieux (1873-1897) ocupa un lugar excepcional. Pío XI la llamó “la santa más grande de los tiempos modernos” y junto con san Francisco Javier la nombró patrona de las misiones. La *Historia de un alma* revela “el caminito”, la infancia espiritual caracterizada por un amor fuerte y maduro respecto de Jesucristo y de los hombres y por su personal vocación eclesial y misionera de ser el amor en el corazón de la Iglesia.

Otros testigos del siglo XIX son el Cura de Ars, modelo de instrumentalidad sacerdotal, declarado patrono de los párrocos; F. Ozanam fundador de la sociedad de san Vicente de Paul; Gemma Galgani mística extraordinaria, partícipe de la pasión de Cristo.

Fuera del ámbito católico se destaca como pensador espiritual profundamente cristiano S. Kierkegaard (1813-1855). Otra figura importante es J. H. Newman (1801-1890), teólogo y místico de origen anglicano que se convirtió al catolicismo luego de una larga búsqueda interior.

En conjunto la teología se mantiene ajena a lo espiritual, sólo algunos teólogos constituyen la excepción: A. Rosmini, J. M. Scheeben, J. Mulher, H. D. Lacordaire. En este ambiente teológico empobrecido aparecen los manuales de teología dogmática y de teología moral. Es necesario esperar el fin del ochocientos y los comienzos del novecientos para asistir a un renovado interés por la espiritualidad en ámbito teológico.

1.10 *La espiritualidad contemporánea*

Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, empieza un movimiento de renovación espiritual. Tanto dentro de las distintas familias religiosas como fuera de ellas, se delinean algunos importantes testigos de la espiritualidad contemporánea que preparan el nuevo período de la Iglesia, sellado por el Concilio Vaticano II.

1.10.1. Dentro de las distintas familias religiosas

En ámbito benedictino ejercieron especial influjo los escritos de teología espiritual de Columba Marnion (1858-1923), abad de Maredsous, de J. B. Chautard (1858-1935), abad del monasterio trapense de Sept-Fons, de Anselm Stolz (1900-1942), profesor en san Anselmo en Roma. En tiempos más recientes Thomas Merton (1915-1968), trapense americano de la abadía de Getsemaní, es otra figura importante.

Columba Marmion fue sacerdote secular y luego monje benedictino. En sus obras manifiesta una síntesis profunda entre el contenido dogmático, el contacto vivido con la Palabra de Dios y un fino conocimiento del corazón humano en su búsqueda de Dios. Profundamente centrado en el misterio de Dios en Cristo, pone de relieve el designio eterno del Padre de hacernos hijos en el Hijo. Cristo es por lo tanto nuestro camino para conducirnos al Padre, y la medida de nuestra santidad es la vida de Cristo en nosotros. La liturgia, los sacramentos, la vida de oración son los grandes medios para adherir a Cristo. Marmion no deja de lado la colaboración del hombre en su participación a los misterios de Cristo, subraya el ejercicio de las virtudes, la importancia de “realizar la Verdad en la caridad”. Su visión de la vida cristiana está marcada por un profundo equilibrio, se dirige con claridad y simplicidad a la mente y al corazón, está impregnada de espíritu contemplativo y de un sereno optimismo radicado en el designio de amor de Dios a nuestro respecto.

Thomas Merton, uno de los grandes conversos del siglo XX, ilumina las dificultades y las aspiraciones del hombre contemporáneo en el camino de una fe vivida con todas sus exigencias. Su autobiografía *La montaña de los siete círculos* (1949) atestigua la profunda transformación interior que lo lleva de la total ignorancia religiosa a la dedicación a Dios como monje trapense. Espíritu profundamente religioso, conoce por experiencia las ilusiones que aprisionan la existencia humana y su doctrina espiritual está dirigida a conducir al hombre a la unión con Dios en quien encuentra su

verdadera identidad. En este camino la oración adquiere particular relieve en cuanto el contacto amoroso con Dios libera al hombre de toda falsedad y cerrazón y le permite abrirse a Dios, a sí mismo, al prójimo, a todo lo creado para la glorificación de Dios. Merton tuvo una apertura particular hacia las otras religiones no cristianas, en especial hacia el budismo para comenzar un diálogo interreligioso. Se interesó en temas vinculados a la discriminación racial y a los armamentos, sin embargo él mismo afirmó que el tema unificante de todo lo que había escrito, era la convicción profunda de que el hombre está llamado a vivir en Cristo y en la Iglesia que es Su cuerpo como hijo de Dios y como hermano de todos los hombres.

La escuela carmelita cuenta también con grandes figuras: Isabel de la Trinidad y más recientemente Tito Bradsma (1881-1942), místico y periodista, profesor de Historia de la espiritualidad en la Universidad de Nimega, Teresa de los Andes que murió muy joven; Edith Stein (1891-1942), conocida filósofa hebrea que se convirtió al catolicismo y fue mártir del nazismo. La dimensión antropológica es muy importante en su doctrina espiritual: dotado de espíritu, el hombre puede entrar en comunión con Dios y con las otras personas. El centro de la doctrina de Edith Stein se encuentra en el misterio de la cruz en el cual el alma encuentra su fuerza vivificante; la ciencia de la cruz no es un puro conocimiento del contenido teológico de la cruz, requiere una experiencia personal, vivida, propia de cada cristiano llamado a participar en la cruz de Cristo. Jesucristo es el Siervo sufriente, Aquel que experimentó hasta el final el abandono de Dios. El místico participa en esa “noche”, sin embargo ésta es solamente la preparación para la unión de amor eterno entre el hombre y Dios. La persona unida a Dios se convierte como en un puente para que los demás hombres puedan llegar a Dios; la vida no se cierra en una experiencia individual sino que adquiere una dimensión social.

La espiritualidad carmelita se caracteriza por la búsqueda de un despojo total en orden a la unión mística contemplativa. En este siglo ejercieron gran influjo en el ámbito de la teología espiritual los carmelitas Gabriel de S. María Magdalena, E. Ancilli.

En la escuela franciscana más centrada en la pobreza y en el Evangelio “puro” hay importantes figuras: Maximiliano Kolbe, mártir en Auschwitz, desarrolla su obra con el fin de renovar la vida cristiana en todos los ámbitos de la sociedad bajo la protección de María a quien Dios confió la economía de su misericordia. Funda la revista *El caballero de la Inmaculada* y luego, la ciudad de la Inmaculada, comunidad que abarca el complejo-editorial y el convento con el fin de vivir su ideal. Otros testigos importantes son el padre A. Gemelli, fundador de la Universidad Católica del “Sacro Cuore” en Milán y del Instituto Secular La Obra de la “Regalità”. El Padre Pío de Pietralcina, marcado por los estigmas y por particulares gracias místicas, fue un gran apóstol del confesionario y se entregó con Cristo como víctima de amor en cada eucaristía. Fue fundador del gran hospital “Casa Alivio del sufrimiento”.

Entre los representantes de la escuela dominica podemos recordar al P. Garrigou Lagrange, teólogo estudioso de la vida espiritual; Luisa Tincani, fundadora de las Misioneras de la Escuela, consciente

de la importancia de llevar la verdad cristiana al ámbito de la enseñanza y de promover la formación de la mujer.

La escuela ignaciana cuenta con grandes teólogos comprometidos en la tarea de restituir a la teología contemporánea su dimensión espiritual: L. de Grandmaison, autor del libro *Jesucristo*, J. de Guibert, profesor de teología espiritual en la Universidad Gregoriana, K. Rahner, H. U. von Balthasar. Otros jesuitas como el padre Hurtado dan testimonio de la dimensión social de la vida espiritual.

1.10.2. Nuevos testigos del siglo XX

Otras figuras se encuentran en los orígenes no solo de nuevas fundaciones sino de nuevas corrientes de espiritualidad o de nuevas devociones. Recordamos a Carlos de Foucauld, el "hermano universal", que eligió vivir en el Sahara para llevar la presencia de Jesús en medio de poblaciones que lo desconocían totalmente y vivir una vida de pobreza y de adoración en total imitación de la vida de Jesús en Nazaret. Si bien deseó ardientemente fundar una comunidad centrada en estos principios, muere asesinado sin haber alcanzado su meta. Hoy son numerosas las familias religiosas que se fundan en su testimonio y en su espiritualidad.

Otros testigos son Faustina Kowalska, la joven mística que difundió la devoción al Jesús de la Misericordia; Adriana von Speyr, protestante que se convirtió al catolicismo y que desempeñó una misión particular en relación a la teología de von Balthasar. Su mística objetiva está orientada a captar el misterio de Dios y la vida espiritual reside en el total olvido de sí y en la disponibilidad para recibir los dones divinos.

Entre las figuras más conocidas, encontramos a Teresa de Calcuta, fundadora de las Misioneras de la Caridad. Su vida espiritual es esencialmente teológica y entregada al servicio de los más pobres de los pobres (leprosos, enfermos de sida, moribundos) por Jesús, compartiendo interiormente su oscura experiencia de soledad y de abandono. J. H. Nouwen, una de las figuras más conocidas de la espiritualidad contemporánea, sacerdote de origen belga, transcurre los últimos años de su vida en el Arca, desarrollando una espiritualidad radicada en la simplicidad del evangelio, tomando en cuenta los problemas psico-espirituales del hombre de hoy.

En el ámbito laical Magdalena Delbrel, Raissa y Jacques Maritain son algunos testigos de la espiritualidad del siglo XX.

Fuera del ámbito cristiano, son particularmente importantes figuras como Simone Weil y Gandhi.

1.10.3. El Concilio Vaticano II. Llamada universal a la santidad y nuevos movimientos

El Concilio Vaticano II promovió el retorno a las fuentes, una espiritualidad alimentada en la Escritura y recordó la llamada universal a la santidad. Promovió la espiritualidad laical con la certeza de que todos los cristianos están llamados a vivir plenamente la gracia bautismal como hijos de Dios y protagonistas en la construcción de un mundo más humano, impregnando el orden temporal

con el espíritu evangélico. La vocación y la misión de la mujer en la Iglesia y en la sociedad, los jóvenes, la familia son algunos ámbitos que merecen particular atención. La formación espiritual del cristiano ha sido favorecida por la formación de grupos de oración, de círculos bíblicos y por el redescubrimiento de la *lectio divina*.

La segunda mitad del siglo XX se caracteriza también por el surgir de asociaciones y movimientos eclesiales que contribuyen no sólo a la renovación de la vida de la Iglesia, sino también al compromiso ecuménico, interreligioso y misionero así como a la evangelización de la cultura y de la sociedad. Nacen los movimientos de Renovación en el Espíritu, los Neocatecumenales, Comunión y Liberación, la Comunidad de san Egidio, los Focolares, el movimiento de Schönstatt. Clara Lubich, fundadora del movimiento de los Focolares desarrolla una espiritualidad de comunión conforme al deseo de Jesús: «Padre, que todo sea una sola cosa» (Jn 17,21), viviendo el amor de Jesús abandonado, artífice y vía de la unidad de los hombres con Dios y entre ellos. Mons. J. M. Escrivá de Balaguer funda el Opus Dei orientado hacia una espiritualidad laical vivida en los compromisos de la vida cotidiana.

Nacen también nuevas asociaciones de fieles entre las cuales la Comunidad de las Bienaventuranzas cuyo carisma es de carácter escatológico. Mediante la comunión de los estados de vida, la vida común de contemplación, la sumisión de unos a otros, la compasión y la misión anticipan la venida del Reino.

En América Latina se desarrolla una espiritualidad comprometida con lo social, sellada por la “opción preferencial por los pobres”. Se trata de reconocer a Cristo en el pobre y de liberarlo de las situaciones de injusticia y opresión que sufre, una espiritualidad fundada en la Escritura y comprendida mejor de manera comunitaria.

1.10.4. Instituciones de vida consagrada

En 1952, en la Argentina, el padre Luis María Etcheverry Boneo funda una nueva forma de vida consagrada femenina: las Servidoras. El núcleo de su carisma es servir a la Iglesia, colaborando en el instaurar todo en Cristo (Ef 1,10). Su espiritualidad, que puede sintetizarse en el adagio del fundador *santificarse santificando*, se funda en el sacerdocio común de los fieles asumido como estado definitivo y definatorio de vida mediante la consagración virginal a Jesucristo según el rito de la Iglesia. Las Servidoras fueron la base sobre la cual trabajaron los legisladores del nuevo Código de Derecho Canónico y el antecedente específico del c. 604 relativo al *ordo virginum* en sus dos párrafos. La institución fue aprobada en 1995 como Asociación de Vírgenes Consagradas de derecho pontificio.

En los últimos decenios, desde la promulgación del Rito, las consagraciones en el Ordo Virginum han sido siempre más numerosas.

En la segunda mitad del siglo XX nacen otros institutos de vida consagrada de derecho pontificio. Entre ellos la “Sociedad de Cristo Señor” fundada por el padre L. Brien con el fin de que el Señor viva y reine en cada cristiano y éste colabore con Él para hacerlo presente en el mundo. Su espiritualidad está centrada en los sacramentos, en la Escritura e iluminada por el discernimiento espiritual y la práctica de los Ejercicios de san Ignacio. En España, María Trinidad Sánchez funda la Obra de la Iglesia, con el carisma de hacer conocer el designio de amor de Dios hacia sus hijos y formar una familia de fieles en comunión con el Papa y los obispos.

1.10.5. Los nuevos mártires cristianos

En el Jubileo del 2000, Juan Pablo II recordó a los mártires cristianos del siglo XX. La eliminación de los armenios por mano de los turcos entre 1914 y 1923 es el primer genocidio del 900. Luego tuvo lugar el ateísmo en Méjico durante los años 20, la guerra civil española, las persecuciones nazista y comunista, lo cual hizo del siglo XX el siglo de los mártires entre los creyentes de las iglesias cristianas (no sólo de la iglesia católica sino también de la ortodoxa reformada y de la armenia). Figuras heroicas del pasado y del presente como P. Florenskij, el cardenal húngaro Josef Mindszenty, Edith Stein, Maximiliano Kolbe y tantos otros menos conocidos fueron martirizados en Asia, África, Europa y América.

La realidad del martirio está presente también hoy como lo atestiguan los mártires trapenses del monasterio de Tibirine (Argelia) y tantas otras víctimas del radicalismo islámico en el Líbano, Siria, Arabia Saudita. En Medio Oriente y en Turquía no faltan tensiones como lo manifiesta la muerte del sacerdote Andrea Santoro, de la diócesis de Roma en el 2006 en Trebzon, comprometido en el diálogo entre católicos y musulmanes.

En países oficialmente católicos de Centro América y de Sud América se sigue muriendo por la oposición en nombre de la fe a los poderosos de turno: narcotraficantes, ejército, guerrilleros, escuadrones de la muerte. La violencia ya no es macros cópica como en otro tiempo pero se sigue derramando la sangre a causa de la fe y de los valores cristianos. La Revista “Concilium” desde hace algunos años propuso —en relación con la situación latinoamericana— reformular el concepto mismo de martirio a la luz de tantas personas asesinadas no explícitamente “in odium fidei”, sino en nombre de los valores evangélicos de la solidaridad, la justicia y la paz.

Sin embargo el mayor número de víctimas asesinadas por aversión a la fe pertenecen a los países de mayoría musulmana.

El siglo XXI empezó con el drama del fundamentalismo: el 11 de septiembre y las guerras de Afganistán y de Irak pusieron en evidencia que el extremismo religioso está mezclado con un odio anti-occidental que llevó a identificar el cristianismo como un enemigo *ipso facto*.

En los últimos años también el extremismo hinduista, la ideología del hindutva, que identifica la identidad nacional con la identidad religiosa, se ha hecho peligroso y destructivo. En India se señalaron muchos casos de violencia respecto de los cristianos, religiosos o laicos. En particular,

durante el 2008 tuvo lugar un crecimiento veloz de agresión contra los cristianos en Orissa: incendio de iglesias, casas, centros sociales de la iglesia, ataques a enteros poblados, de tal modo que dio lugar a un éxodo de los cristianos que se refugiaron en campos provisorios.

También el continente africano, teatro de masacres, de guerras, de violencias, de enfermedades devastadoras como el SIDA, de extrema pobreza, requiere por parte de la iglesia un testimonio exigente. Muchos sacerdotes, consagrados, obispos, seminaristas y laicos pagan con su vida el sólo hecho de no abandonar su puesto de misión, sobre todo en la hora de la guerra, sabiendo con que realidad deben enfrentarse. En Nigeria, en 11.500 cristianos fueron asesinados entre 2006 y 2014; 1,3 millones desplazados y 13.000 iglesias destruidas por parte de fundamentalistas islámicos. También en Sudán hubo masacres contra los cristianos por motivos políticos.

En estos primeros años del siglo XXI parece perfilarse además una violencia difusa que golpea al cristiano que no cede a las formas violentas y materialistas de la vida. Su testimonio expresa una resistencia profunda a la lógica del materialismo, del poder, de la explotación. La realidad del martirio del siglo XXI es la de cristianos que no son agredidos por los regímenes totalitarios, sino por la violencia que se difunde en la sociedad.

La iglesia sin embargo no cesa de obrar y de dar su testimonio evangélico y en algunos sectores, la población musulmana empieza, si bien con timidez, a levantar la voz contra el fundamentalismo islámico y a promover el encuentro con los cristianos. Ya cristianos y musulmanes rezaron juntos en el monasterio de Tiberine para rendir homenaje a los monjes asesinados en 1996 con ocasión de los aniversarios de su muerte y la beatificación de estos mártires en diciembre de 2018, primera beatificación en tierra musulmana, favoreció un nuevo acercamiento. Por otra parte, en febrero de 2019 se firmó un documento sobre la *Fraternidad humana por la paz mundial y la convivencia común*, entre el papa Francisco y el imán de Al-Azhar.

1.10.6. El pontificado de Francisco: una espiritualidad “en salida”

En marzo de 2013 fue elegido papa, el arzobispo de Buenos Aires, Jorge Bergoglio que asumió de manera paradigmática, el nombre de Francisco.

Desde el comienzo de su pontificado señaló una espiritualidad “en salida”, el deseo de “una iglesia pobre para los pobres”, es decir de un estilo de vida cristiano que parta de las periferias, de los lugares existenciales más olvidados, descartados, silenciados. Una espiritualidad evangélica vivida con la alegría propia del cristiano, con parresía, con valentía y libertad, capaz de vencer los miedos, confiada en la presencia viva de Cristo y que tiene como programa las obras de misericordia espirituales y corporales “sine glossa”.

Una espiritualidad que llama a una “conversión ecológica”, que no se limita a los problemas del medio ambiente si bien los toma muy en cuenta, sino que toma en consideración toda la realidad y que lleva a un modo nuevo de relacionarse con Dios, con los hombres, con toda la creación, contemplándola con admiración, considerando su belleza, su destino.

Una espiritualidad respetuosa, esperanzada, solidaria, compasiva, abierta a las otras religiones y que llama a una fraternidad universal.

2. LA ESPIRITUALIDAD DEL ORIENTE CRISTIANO

2.1. *Del siglo IX al siglo XI*

2.1.1. El monacato bizantino. San Gregorio de Narek, monje armenio

La vida monástica ocupa un lugar importante en la espiritualidad del Oriente cristiano. En pleno Medioevo bizantino san Teodoro Studita (759-826), se distinguió como uno de los grandes reformadores. En sus escritos insiste en la urgencia de un regreso a las enseñanzas de los Padres, sobre todo san Basilio, primer legislador de la vida monástica y san Doroteo de Gaza, famoso padre espiritual del desierto palestino. El aporte característico de Teodoro consiste en poner de relieve la necesidad de orden y sumisión por parte de los monjes quienes deben comprometerse a fondo para hacer del monasterio una verdadera comunidad orgánica, una verdadera familia o, como él dice, un verdadero “cuerpo de Cristo”. En tal comunidad se realiza concretamente la realidad de la iglesia en su conjunto. Durante la segunda fase del movimiento iconoclasta, se distinguió también como defensor de las sagradas imágenes, comprendiendo que la cuestión de la veneración de los íconos implicaba la verdad misma de la encarnación.

En Grecia, Atanasio el Athonita (925/30-1003) es el fundador de la gran laura del monte Athos y marca una nueva etapa en la historia del monacato en cuanto las constituciones que él escribe declaran la independencia del monasterio respecto del estado; sólo el egúmeno tiene plena jurisdicción y debe ser elegido entre los monjes.

Entre los grandes místicos del Oriente cristiano, se encuentra Simeón el Nuevo Teólogo, monje del monasterio bizantino de Stoudious y más tarde, del monasterio de san Mamas. Simeón no es un teólogo especulativo sino un asceta y hombre de oración; insiste en el hecho que el verdadero conocimiento de Dios no viene de los libros, sino de la vida espiritual. Nace de un camino de purificación interior que comienza con la conversión del corazón gracias a la fuerza de la fe y del amor; pasa a través de un profundo arrepentimiento y el dolor sincero por los propios pecados para alcanzar la unión con Cristo, fuente de alegría y de paz. Para Simeón esta experiencia de la gracia divina no es un don excepcional para algunos místicos sino el fruto del bautismo en cada fiel seriamente comprometido con su fe. Hizo la experiencia del amor de Dios y él se considera “el pobre que ama a los hombres”.

En Armenia, Gregorio de Narek (951-1003) insigne teólogo, poeta y escritor religioso es el monje místico que ejerció más influjo en la vida espiritual de los armenios en el último milenio. Tiene un sentido profundo de la miseria humana debida al pecado y una sed inagotable de Dios al que desea unirse para siempre. En su *Libro de las lamentaciones* expone una cierta mística del pecado: el recuerdo de los propios pecados es para el pecador que se arrepiente la ocasión de experimentar la infinita misericordia de Dios que ama a los hombres. Se trata de una colección de 95 oraciones en

forma poética, llamadas Narek a causa del monasterio donde vivió. Otras obras suyas son un comentario al Cantar de los Cantares y números panegíricos entre los cuales uno es en honor a la Virgen.

2.2. Desde el siglo XIII al siglo XVI

2.2.1. El esicasmo y el monacato en Rusia

Una de las formas de espiritualidad más difundida entre los siglos XIII y XVI es el esicasmo. Se lo puede definir como una espiritualidad esencialmente contemplativa fundada en un estado de calma, de ausencia de turbación interior y de agitación exterior (*hesychia*: paz, silencio) para alcanzar la unión con Dios, la oración continua. El Concilio de Calcedonia (451) ya había recomendado a los monjes tender a la quietud y a la paz como Cristo y sus apóstoles. Los fundamentos teológicos del esicasmo fueron desarrollados por Gregorio Sinaíta.

En la segunda mitad del siglo XIII, Nicéforo el esicasta, uno de los más antiguos teóricos de esta orientación, se hizo famoso por su obra *La sobriedad y la custodia del corazón* donde da una descripción detallada del método psicossomático que acompaña la oración del corazón. A partir de consideraciones fisiológicas sobre las relaciones entre el corazón, el calor del cuerpo y la respiración, expone la técnica de la respiración profunda, y pone el acento en la oración pura, la oración de Jesús. Esta oración fue practicada con particular insistencia por los esicastas del monte Athos de los siglos XIII al XVI.

Gregorio Pálamas (1296-1359) monje del monte Athos, se convierte en un maestro del esicasmo. Disputando con el monje filósofo Barlaam que defendía el valor de los conceptos aristotélicos en teología, Pálamas sostiene que el conocimiento filosófico es inútil sin la gracia bautismal; para buscar a Dios hay que superar los conceptos de la razón. En su obra *Defensa de los santos esicastas* afirma que Dios está por encima tanto del conocimiento como del no conocimiento. Es Dios quien debe manifestar su gloria, transfigurar nuestra alma con sus energías, ya que la luz del Tabor es el esplendor más característico de su energía divina. El cuerpo transfigurado de Jesús es la fuente de divinización y manifiesta la belleza de Dios de modo accesible a los sentidos, si bien lo supera. Gregorio contribuye a profundizar el misterio del Espíritu, de la luz increada, de la afirmación que Dios se hizo hombre para que el hombre pueda convertirse en Dios.

En Rusia el esicasmo fue acogido como una profunda experiencia espiritual y encontró su realización ideal en San Sergio de Radonezh (1314-1392), el santo más venerado en la Rusia medioeval. Desde joven lo atrajo la contemplación; se retiró a una vida solitaria rigurosa que atrajo a otros monjes, y fundó luego el monasterio de la Trinidad donde fue hegúmeno. A semejanza de san Francisco de Asís experimentó una relación fraterna con la creación y en un primer momento rechazó por humildad el sacerdocio; sólo después aceptó ser ordenado. El amor a las Escrituras, la oración continua, la búsqueda de soledad, la aspiración a la contemplación reconducen la experiencia de san Sergio al movimiento esicasta bizantino. Sin embargo, para seguir la voluntad de Dios, aceptó dejar por períodos el monasterio para convertirse en consejero de príncipes y

metropolitanas durante la lucha contra los tártaros. Para los rusos, san Sergio es el monje ideal, cercano a los hombres en las dificultades de la vida y solidario con su patria oprimida por el extranjero. Del monasterio que él fundó surgieron ya durante su vida varias comunidades y aún hoy el monasterio de la Trinidad es uno de los grandes centros de la vida religiosa rusa. San Sergio es considerado el padre del monacato en la Rusia septentrional.

2.2.2. La espiritualidad litúrgica sacramental.

Nicolás Cabasilas (1319/23-1398) es un representante de esta espiritualidad: toda la vida cristiana es un desarrollo de la raíz divina plantada en el hombre en el bautismo. La vida cristiana es vivir en Cristo gracias a los sacramentos que Oriente siempre vivió en el marco de la liturgia. Toda la misa, en cuanto memoria de lo que Dios ha hecho y hará por nosotros, es una eucaristía, una acción de gracias que nos hace santos en cuanto el cristiano se hace partícipe de la santidad divina derivada de Cristo y de su Corazón. Cabasilas es autor de dos obras principales: *La vida en Cristo* en la que trata sobre el cuerpo sacramental de Cristo y el *Comentario de la divina liturgia* que es la coronación de la anterior como ensayo sobre el sacrificio de la eucaristía. Los símbolos de la liturgia deben introducir al creyente en el corazón del misterio de Cristo. Para Cabasilas la ascesis deriva de los sacramentos y la eucaristía es mucho más importante que la vida ascética del monje.

2.2.3. Los locos por Cristo.

En el siglo XVI se desarrolla el movimiento de la locura por Cristo, un tipo de vida que se inspira a la 1 Cor. 4,10: «Lo que es locura para el mundo, es lo que Dios eligió para confundir a los sabios». La locura por Cristo es característica de la piedad rusa de los siglos XV y XVI. El loco por Cristo es aquel que rechaza un mundo falso, hipócrita e injusto, incompatible con los valores enseñados por Jesucristo.

Estos ascetas renunciaban a todos los bienes terrenos, no temían decir la verdad a los poderosos, no tomaban en cuenta las reglas de las conveniencias y el pudor, realizando incluso acciones escandalosas. Muchos de estos locos vagaban desnudos por las calles y se envolvían en cadenas. Si eran insultados o echados a puntapiés rogaban por sus perseguidores y bendecían la ciudad. Su ley suprema era la caridad, enseñándola con el ejemplo y no con las palabras. Para crecer en la caridad amaban la soledad, rezaban y dormían en refugios solitarios, llevaban una ascesis muy severa y evitaban relaciones demasiado familiares. Cuando eran demasiado conocidos se desplazaban de una localidad a otra. Eran laicos de origen humilde que a menudo poseían el don de la clarividencia, leían los pensamientos ocultos del corazón y poseían una extraordinaria libertad y valentía para desenmascarar la falsedad y defender la verdad y la justicia. Estaban enamorados de la humildad, del desprecio de los hombres y de la oración, y manifestaban gran compasión por los humildes.

2.3. *Del siglo XVIII al siglo XX*

2.3.1. La Filocalia y la oración del corazón

Nicodemo (1749-1809) monje del monte Athos (la montaña sagrada), junto con Macario, arzobispo de Corinto, persiguió el ideal de regreso a una vida espiritual más auténtica y emprendió un trabajo de recuperación y divulgación de las fuentes patrísticas. En un período de grandes controversias y en un mundo que sentía la urgencia de renovación espiritual e intelectual, Nicodemo y Macario se interesaron por la edición de la *Filocalia*, una antología de textos ascéticos y espirituales provenientes de distintas áreas geográficas y de autores de los siglos IV al XV. La intensión de Nicodemo fue la renovación de la vida interior no sólo de los monjes sino también de los laicos por medio del retorno a las fuentes de la fe y a la práctica de la oración continua, la oración del corazón. Él mismo escribió obras de espiritualidad en las cuales está presente el influjo occidental de L. Scupoli y de Ignacio de Loyola.

Teófanos el recluso (1815-1894) ejerció un gran influjo sobre la espiritualidad rusa por medio de su traducción de la *Filocalia*. Luego de haber enseñado teología y filosofía en San Petersburgo, fue obispo en la gran diócesis de Vladimir, pero luego pidió ser un simple monje. Se retiró al convento donde vivió recluso. Fue un escritor incansable y director espiritual. Su doctrina está centrada en el corazón como núcleo profundo de la persona humana; los sentimientos ocupan un lugar importante en la vida espiritual en cuanto expresa el gusto de Dios y las realidades divinas, indicando la presencia del Espíritu que palpita en lo íntimo del hombre. La oración es la actividad propia del cristiano, es la respiración del Espíritu en él. Teófanos fue canonizado en Moscú en 1988.

2.3.2. Testigos y maestros de la espiritualidad de los siglos XIX y XX

En este período encontramos muchos teólogos importantes: V. Soloviev, S. Bulgakov, P. Florenskij, P. Eudokimov, V. Lossky.

La experiencia espiritual de V. Soloviev se desarrolla en el ámbito cultural del eslavismo y del occidentalismo. De niño, tuvo una visión de la Sofía, la Sabiduría divina que ejerció su influjo en toda su vida y su pensamiento. En un primer momento la Sofía es el aspecto divino de la realidad para asumir luego los rasgos del Cristo: el Verbo hecho carne es el centro de toda la historia y todo tiende a Él. La visión eclesiológica de Soloviev tiene un sello ecuménico y escatológico en cuanto el Espíritu invita a superar todas las divisiones y convertirse a la única iglesia de Cristo.

S. Bulgakov es uno de los más grandes pensadores rusos. Luego de profundas crisis existenciales que lo llevaron del cristianismo al marxismo y luego al idealismo, volvió al cristianismo. La sofología de Soloviev y la corriente del conocimiento integral que desea una filosofía rusa y cristiana, influyeron en su pensamiento. Para Bulgakov la Sofía es la Sabiduría divina increada y es también el mundo, en cuanto dimensión divina de todas las cosas. La Sofía abarca la eternidad y el mundo, es la unidad entre lo creado y lo increado. La doctrina de Bulgakov deja entrever rasgos del idealismo alemán pero posee una gran intensidad mística.

Sacerdote, teórico del arte y del lenguaje, matemático, ingeniero, epistemólogo, P. Florenskij se distinguió en todos los campos e hizo un aporte innovativo. Testigo de una fe indomable que anima toda su acción y su pensamiento, fue perseguido por el régimen comunista, confinado en Siberia y luego en las islas de Solovoska. Fue fusilado el 8 de diciembre de 1937. Su obra principal, que llegó hasta nosotros se intitula *Columna y fundamento de la verdad*. Su teología está centrada en el amor que exige vivir el mandamiento nuevo de manera tal que la iglesia se renueve continuamente y esté en condiciones no sólo de comunicar la salvación sino de generar un pensamiento y una cultura animados por los valores cristianos.

Uno de los teólogos más conocidos después de la segunda guerra mundial es V. Lossky. Su misión consistió en favorecer el encuentro entre la tradición cristiana oriental y la cultura occidental. Entre sus obras *La teología mística de la iglesia de Oriente* es particularmente importante: presenta la mística a la luz de la teología dogmática de Oriente: espiritualidad y dogma son dos realidades inseparables y el fin de la teología es la divinización del hombre, su unión con Dios.

P. Eudokimov es considerado uno de los grandes maestros de la espiritualidad del siglo XX. Estuvo dotado de un profundo sentido de Dios y contempló siempre la existencia humana y los acontecimientos de la historia a la luz de la fe. A los 20 años se vio obligado a abandonar Rusia y se transfirió a Francia. Como teólogo laico, Eudokimov vivió intensamente el sacerdocio común de los fieles, desarrollando su misión espiritual en un mundo angustiado y materialista: al existencialismo ateo opuso la experiencia mística monástica; al colectivismo marxista, la experiencia comunitaria-ecclesial. Se interesó por el ecumenismo, se dedicó a los refugiados políticos, a los extranjeros en los que veía una imagen viva de Dios. Su experiencia personal del matrimonio lo llevó a reflexionar sobre la dimensión sponsal y sobre el sacerdocio propio de la mujer. Participó como invitado ortodoxo en la Tercera Sesión del Concilio Vaticano II.

En Occidente, encontramos la figura de Olivier Clément (1921-2009) como uno de los testigos más significativos de la ortodoxia del siglo XX. Bajo el influjo de la lectura de Nicolás Berdiaev y de Vladimir Lossky de quien fue alumno y amigo, Clément, que era de familia agnóstica, descubrió el pensamiento de los Padres cristianos de Oriente y recibió el bautismo en la iglesia ortodoxa. Siempre atento a los interrogantes de la modernidad, trató de entregar una respuesta mediante una reflexión creadora e innovadora, dedicando gran parte de su vida y de su investigación a facilitar el encuentro entre el Oriente y el Occidente cristianos. Mantuvo relación con distintas personalidades espirituales de la época (el Patriarca Atenágoras, Juan Pablo II, el hermano Roger (fundador de la comunidad ecuménica de Taizé) y fue elegido para escribir las meditaciones del Vía Crucis del Viernes Santo de 1998 en el Coliseo.

2.4. *La espiritualidad de los íconos y la liturgia*

Los íconos desempeñan en la iglesia ortodoxa el papel que en Occidente tiene el culto eucarístico, fuera de la celebración litúrgica, con sus visitas y adoración. La veneración de los íconos es un modo

de entrar en comunión con Dios, con la Virgen, con los Santos. El ícono posee un carácter sacramental, es un signo eficaz de una presencia real.

El Concilio de Nicea (787) compara la pintura de los íconos a la predicación de la fe. El ícono enseña, es fuente de gracia, suscita la imitación y quienes lo pintan deben conducir una vida santa y ser personas de oración para poder hacer visible lo invisible; sin embargo los pintores de íconos deben poseer también talento artístico y seguir las normas muy severas que regulan la representación de cada misterio.

El ícono tiene un vínculo estrecho con la liturgia y la liturgia misma es ícono de la liturgia celeste. La cruz de la cúpula de la iglesia, el Pantocrator, la Teotokos en el ábside son todos íconos que preparan y anticipan la celebración eucarística, la visión futura de la belleza divina y el lugar por excelencia del Espíritu, fuente de vida y santidad. De la celebración eucarística brota la exigencia de hacer de toda la vida una oración continua y un sacrificio agradable a Dios.

En la liturgia el hombre es arrancado a la soledad e introducido en la familia humana; experimenta que no se salva sólo sino junto con los otros hombres, hijos de Dios. La belleza de la liturgia es un óptimo medio para la evangelización en cuanto dispone al hombre al amor de Dios y del prójimo.

INDICE

1. Orígenes y desarrollo de la espiritualidad en el Oriente cristiano
 - 1.1. La Sagrada Escritura: fuente de la espiritualidad cristiana.
 - 1.2. Los Padres de la iglesia.
 - 1.3. La liturgia: escuela de formación y de espiritualidad.
 - 1.4. La vida monástica: "Schola Caritatis."
 - 1.5. Nuevos modelos de santidad y la evangelización de los pueblos eslavos.
 - 1.6. El gran movimiento de reforma monástica en Occidente.
 - 1.7. Las órdenes mendicantes y la escolástica.
 - 1.8. El declinar del Medioevo.
 - 1.9. El período moderno.
 - 1.10. La espiritualidad contemporánea.
 - 1.10.1. En las diversas familias religiosas.
 - 1.10.2. Nuevos testigos del siglo XX.
 - 1.10.3. Concilio Vaticano II. Llamada universal a la santidad y nuevos movimientos.
 - 1.10.4. Instituciones de vida consagrada.
 - 1.10.5. Los nuevos mártires cristianos.
 - 1.10.6. El pontificado de Francisco: una espiritualidad "en salida"
2. La espiritualidad del Oriente cristiano.
 - 2.1. Del siglo IX al siglo XI.
 - 2.2.1. El monacato bizantino. San Gregorio de Narek, monje armenio.
 - 2.2. Del siglo XIII al siglo XVI.
 - 2.2.1. El esicasmismo y el monacato en Rusia.
 - 2.2.2. La espiritualidad litúrgico-sacramental.
 - 2.2.3. Los locos por Cristo.
 - 2.3. Del siglo XVIII al siglo XX.
 - 2.3.1. La filocalia y la oración del corazón.
 - 2.3.2. Testigos y maestros de la espiritualidad de los siglos XIX y XX.
 - 2.4. La espiritualidad de los íconos y la liturgia

MANUALES DE HISTORIA DE LA ESPIRITUALIDAD

AA.VV., *Espiritualidad Cristiana*, 3 vols., Lumen, Buenos Aires-México 2000-2008.

AA.VV., *Histoire de la spiritualité chrétienne*, 4 vols., Aubier-Montaigne, Poitiers 1960-1966.

AA.VV., *Storia della Spiritualità*, a cura de L. Bouyer e E. Ancili, 12 voll., EDB, 1970-2000.

AA.VV., Storia della Spiritualità a cura de V. Grossi- L. Borriello- B. Secondin, 7 voll., Borla, Roma 1983-2002.

COS PEREZ de CAMINO, J. de, Historia de la Espiritualidad Cristiana, Domuni, Salamanca 2015.

JIMÉNEZ DUQUE, B., SALA BALUST, L. (dir.), Historia de la Espiritualidad, 4 vols., Juan Flors, Barcelona 1969.

PABLO MAROTO, D. de, Historia de la espiritualidad cristiana, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1990.

—, Espiritualidad de la Alta Edad Media, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1998. –

—, Espiritualidad de la Baja Edad Media, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2000.

PEYROUS, B., Histoire de la spiritualité chrétienne, Éditions de l'Emmanuel, Paris 2010.

ROYO MARÍN, A., Los grandes maestros de la vida espiritual, BAC, Madrid 2002.

SÁNCHEZ, D. M., Historia de la espiritualidad patristica, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1992.

SPIDLIK, TH., La spiritualità dell'Oriente cristiano. Manuale sistematico, San Paolo, Cinisello Balsamo (Milano), 1995.